
CAPITULO II

EL RAPAZUELO GIGANTE

I

El niño gigante era feo, y el vicario que lo sabía, hacía hincapié en ello siempre que venía al caso, como si no estuviera convencido el mundo de que es feo todo lo que resulta excesivo.

Sus propias opiniones habían llevado al vicario hasta el extremo de afirmar un desacierto. Las muchas fotografías que en aquel rústico albergue se sacaron del niño, testimoniaron en contra suya, puesto que demostraban que aquella criatura había sido hasta hermosa en un principio, con sus abundantes cabellos ondeados que flotaban por su frente, y su semblante risueño y apacible.

Caddles, que era de constitución débil, se colocaba ordinariamente sonriendo detrás de su hijo con lo cual resaltaba más su pequeñez relativa.

29242

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 2025 MONTERREY, MEXICO

Cuando el niño cumplió dos años, se hizo más discutible su hermosura. Empezó á crecer de un modo tal, que su abuelo hubiera calificado de *exuberante*; perdió sus buenos colores, y parecía un ser débil, aunque de forma colosal.

En realidad estaba delicado. Se le empezaron á afinar las facciones y tomaron estas el tono gris que la gente llama interesante; sus cabellos, en cuanto se los cortaron por primera vez, se le empezaron á enmarañar y parecían un montón de estopa.

—Ya sale al exterior lo vulgar de su prosapia— dijo el médico al observarlo.

El caso es que aun no se ha podido averiguar si aquel estado de debilidad provenía de lo que el médico aseguraba, ó de vivir el chico en un pajar blanqueado á expensas de una caridad, templada por la justicia de la señora Wondershoot.

Sus retratos fotográficos desde la edad de tres hasta la de seis años, nos lo presentan con ojos redondos, pelo estoposo, nariz un tanto chata y mirada dulce, amagando en sus labios esa sonrisa que se ve en todos los retratos de niños gigantes. Llevaba en verano las ropas sueltas sujetas con una cuerda, y cubría su cabeza, generalmente, con una de esas espueñas en que los jornaleros llevan sus útiles de trabajo. Iba descalzo, y en uno de los retratos se le veía riendo, mostrando los dientes y con un mechón mordido en la mano.

Los retratos suyos obtenidos en invierno son en enorme número y menos satisfactorios. En ellos se le veía con inmensos zuecos de madera de haya y con unos sacos por calcetines. El calzón y la chaqueta parecían hechos, sin duda alguna, de una alfombra vieja de colores vivos. Las ropas interiores eran hasta de franela; un retazo de cinco ó seis varas de dicha tela, le rodeaba el cuello. En la cabeza, algo que parecía un saco y quería ser una gorra. En algunos de estos retratos se le ve sonriente y en otros triste. A los cinco años de edad, se le veía ya esa arruga caprichosa que da carácter á las facciones al dibujarse por encima de unos ojos dulces y castaños.

Según lo que constantemente decía el vicario, el niño gigante había sido desde su nacimiento una verdadera y terrible desgracia para el pueblo. A su parecer tuvo siempre impulsos irresistibles al juego. Era curioso, sociable, y, aunque me duele confesarlo, tuvo siempre deseos de comer más de lo que le daban. Por más que la señora Greenfield calificara de *excesiva generosidad* la ración que le adjudicaba la señora Wondershoot, el niño sintió lo que el médico dió en llamar *apetito criminal*. La señora, que tantos disgustos y contrariedades experimentaba en la santa y noble misión, en el piadoso ejercicio de la caridad con las clases bajas, las vió reproducidas y aumentadas por el monstruo; pues á pesar de la ración exagerada con que

le socorría la dama, que era mayor que la que se le da como máximo á un adulto, averiguó que el niño robaba, y que lo que robaba se lo comía con la más vulgar voracidad. Sus grandes manos pasaban por encima de las tapias de los huertos y se metían en el carro del panadero, cuyo contenido ansiaba; los quesos desaparecían del desván en que los guardaba Marlow, y ni la comida de los cerdos respetaba el gigante. El labrador al visitar su campo de nabos, encontraba los rastros de los grandes pies del muchacho; y á un lado y á otro veíase un agujero, tapado con astucia infantil, donde había estado la raíz y que daba testimonio de la glotonería de Caddles que se comía un nabo como quien se come un rábano. Desde el suelo cogía las manzanas de los árboles, cuando no había nadie, como otros niños cogen moras en una zarza. En cierto modo, esta escasez de provisiones para el monstruoso rapazuelo, fué buena para la tranquilidad de Cheasing Eyebright porque en pocos años devoró hasta el último grano del alimento de los dioses que le habían suministrado...

El niño aquel era indudablemente molesto y desproporcionado para la pequeña aldea en que vivía.

—Siempre anda por ahí — acostumbraba á decir el vicario.

El chico no podía ir á la escuela ni á la iglesia, porque resultaban ambos edificios muy pequeños

para el gigante. Se trató de interpretar el espíritu de la *estúpida y destructiva ley* — palabras del vicario — de 1870 sobre educación elemental, haciéndole que escuchase desde fuera y por la ventana abierta las clases que se daban en el interior del edificio.

Pero la presencia del chico daba al traste con la disciplina de los escolares, que estaban continuamente entrando y saliéndose, para mirarle y reirse cada vez que hablaba el monstruoso niño. ¡Era tan rara su voz! Así es que se acordó que no volviera más. Tampoco se insistió en que visitara el templo, pues las inmensas proporciones del niño quitaban la devoción á los fieles.

Y eso que en este punto hubiera sido fácil conseguir su asistencia, pues se adivinaban gérmenes de sentimientos religiosos en aquel tremendo corpachón. Acaso fuera la música lo que le atraía. Se le veía á menudo en el cementerio que rodeaba la iglesia, abriéndose poco á poco camino por entre los sepulcros; y cuando ya estaban todos los fieles dentro, se acucurraba junto al pórtico y permanecía allí durante toda la función religiosa, prestando atención como quien escucha el cercano zumbar de una colmena.

Al principio, demostraba alguna falta de tacto. La gente oía desde dentro sus grandes pies moverse inquietos en torno del sagrado recinto, ó veía su cara gris mirando á través de los vidrios

empaños, con curiosidad y envidia. Y cuando dentro entonaban algún himno, se le oía aullar lúgubrememente, pretendiendo cantar al unísono. Entonces salía el pequeño Sloppet, que era el que le daba al fuelle del órgano y hacía de campanero los domingos, y el que limpiaba chimeneas y repartía la correspondencia el resto de la semana, y muy apurado, pero enérgico y valiente, echaba de allí al curioso é importuno gigante. Sloppet sentía echarle, por lo menos en sus momentos de reflexión, en que pensaba que arrojar á Caddles era como mandar que estuviera encerrado en casa un perro callejero.

Pero la educación moral é intelectual del joven Caddles, aunque desconcertada y sin orden, era provechosa. Desde un principio, el vicario, la madre y los habitantes del pueblo se habían puesto de acuerdo para hacerle comprender que no debía hacer uso de su fuerza gigantesca; que era una desgracia que le había ocurrido y ante la cual debía resignarse. Tenía que obedecer á todos, hacer cuanto se le mandase, cuidar de no romper nada ni hacer daño á nadie; y debía procurar, sobre todo, no pisar las cosas, ni moverlas, ni saltar por encima de ellas.

Debía saludar con mucho respeto á los consuecos de la aldea y agradecerles la comida y vestidos que le daban con detrimento de su riqueza. Y todo esto lo aprendió con sumisión, pues era

una criatura dócil por naturaleza y sólo poseía aquella estatura gigantesca por la pícara desgracia que le *había ocurrido*.

A la señora de la *casa grande*, esto es, á la señora Wondershoot, le demostraba en sus primeros años el más profundo temor y la mayor reverencia. La dama observó que conversaba más á gusto con el gigante cuando ella llevaba falda corta y tenía un látigo en la mano, el cual blandía como, respondiendo al desdén y aspereza de las palabras que pronunciaba el pequeñuelo.

Algunas veces, se convertía el vicario en maestro del niño, semejando un David minúsculo, de cierta edad y cortos alientos, que caía sobre aquel Goliath infantil como un chaparrón de reprobación, reproches y órdenes dictatoriales.

Y el monstruo resultaba ya tan grande que se hacía imposible á todos recordar que, era sólo un niño de siete años de edad, ansioso de divertirse y con la curiosidad propia de la infancia, que siempre desea obtener una respuesta ó una satisfacción á su anhelo de saber, pero que también está dotada de una especie de capacidad para el sufrimiento y las privaciones.

Cuando el vicario se iba de mañana á disfrutar del sol por la carretera, solía encontrar á aquel fenómeno de seis metros, zafio y tosco, que le resultaba tan fantástico y desagradable como una nueva forma de revolución religiosa, ó como un

cisma personificado, que corría convulsivamente por las carreteras con la cabeza echada hacia adelante, tratando de satisfacer las dos necesidades primordiales de la niñez: algo que comer y algo con que jugar.

En los ojos del niño se notaba cierto respeto fugaz y temeroso, y hacía ademán de tocar con su hercúlea mano las greñas de su frente. Aunque de una manera limitada, el vicario tenía la suficiente imaginación, para figurarse lo que le podría sobrevenir si por casualidad el joven Caddles, abandonando sus costumbres pacíficas y su actitud respetuosa, hubiera hecho uso violento de su musculatura.

El vicario no las tenía todas consigo al pensar que al gigante pudiera sobrevenirle un acceso de locura repentina ó que se le ocurriera faltarle al respeto... Sin embargo, el hombre realmente animoso no es el que no siente el miedo, sino el que sabe dominarlo.

El vicario conseguía siempre dominar su imaginación y acostumbraba á interpelar al joven Caddles con voz fuerte y clara, de tenor de iglesia.

—¿Eres bueno, Alberto Eduardo?

Y el niño gigante, arrimándose á la pared y poniéndose colorado como la grana, contestaba:

—Sí, señor... Por lo menos, de eso trato...

—Cuidado con no serlo — decía el vicario pasando á su lado con la respiración agitada.

Y por respeto á su dignidad y á su cualidad de hombre, se impuso la norma de no volver la cabeza atrás y, aunque sintiera los más grandes terrores, no mirar al peligro, una vez pasado.

Lo que no podía dominar el vicario era la agitación de su espíritu cuando enseñaba al joven Caddles. No enseñó al monstruo á leer, porque no lo creyó necesario; pero, en cambio, le enseñó lo más esencial del catecismo, como, por ejemplo, los deberes para con el prójimo y para con la Divinidad, que castigaría á Caddles con rigor justiciero si el muchacho se permitía desobedecer al vicario ó la señora Wondershoot. Las lecciones las recibía en el patio del vicario, y los transeuntes podían oír la voz vigorosa de niño, que repetía sordamente lo esencial de tales enseñanzas.

—Honrar y obedecer al rey y á todos los que han recibido autoridad de él... *Someterme* humildemente á todos los superiores espirituales y gerárquicos... Estar siempre con la mayor reverencia y humildad, sujeto á todos los que por voluntad divina son superiores á mí...

Un día se supo que el efecto producido por el gigante en caballos no acostumbrados á su vista, era el que les puede producir un camello ú otro animal análogo; así es que se le prohibió recorrer los caminos y acercarse á las plantaciones de arbustos.

La colosal cabeza del niño gigante, asomando

con sonrisa de idiota por encima de la cerca, había exasperado en cierta ocasión á su señoría que fué la que dictó la anterior orden. Esta imposición, sin embargo, no fué obedecida, por el inmenso interés que inspiraba á Caddles la carretera; pero lo que fué antes su constante recurso, se convirtió luego en placer robado, hasta que, por último, el rapazuelo se vió limitado á los antiguos prados y á las dunas.

Yo no sé lo que habría hecho la criatura á no haber sido por las dunas; allí, al menos, tenía espacio donde vagar á sus anchas; allí arrancaba grandes ramas de los árboles, con las que hacía enormes ramilletes, hasta que también eso le fué prohibido; allí cogía las ovejas y las colocaba en filas de las cuales se salían los animales al momento, (lo que invariablemente le hacía prorrumpir en tremendas carcajadas), y también se lo prohibieron; allí formaba altos montones de hierba abriendo grandes agujeros, y al cabo esto llegó á negársele. Caddles recorría las dunas hasta la colina de Wreckstone, pero no más allá, porque empezaba el terreno cultivado. La gente, que temía su merodeo y temblaba por sus cosechas de nabos, excitada también por la timidez de aquella figura inmensa y desastrada, salía al encuentro del gigante y lo echaba de sus campos, amenazándole con perros y haciendo chasquear sus fustas para

asustarle. Oí decir que hasta disparaban algunas veces sus escopetas...

Cuando iba en dirección opuesta, veía á Hickleybrow, y podía ver desde Thursley Hauger el ferrocarril de Londres, Chatam y Dover; pero le impedían el paso los campos laborados y un sospechoso villorrio y no podía llegar á la vía. Poco después se encontró ya con grandes tablones con letras encarnadas, cerrándole el paso en todas direcciones. Aunque no podía leer lo que decían aquellos letreros «Se prohíbe el paso» no tardó en comprenderlo perfectamente. Los viajeros del tren lo vieron aquellos días sentado en lo alto de la duna junto á las caleras de Thusday, donde más tarde le pusieron á trabajar. Parecía sentir simpatía misteriosa por el tren, y á veces le saludaba con su enorme mano, ó le enviaba un enérgico y entusiasta viva.

—¡Qué grande es! — solía decir algún viajero.

—Es uno de esos niños del Boom... Dicen que no se puede valer á sí mismo, que es idiota, y que constituye una carga muy pesada para su pueblo.

—Sí, me han dicho que sus padres son muy pobres.

—Vive á expensas de la caridad de las personas pudientes del pueblo.

Todos se quedaron mirándole.

—Han hecho bien en prohibir eso.

—¡Bueno estaría que tuviésemos algunos millares de individuos así á quienes mantener á escote! — decía algún filósofo de miras elevadas.

Y ordinariamente había algún sabio que contestaba al filósofo de este modo y con energía:

—¡Qué razón tiene usted en eso, caballero!

II

Al niño gigantesco le llegó el mal tiempo.

En primer lugar sufrió los consiguientes disgustos por la cuestión del río, que ya conoce el lector por haberla referido en uno de los párrafos precedentes. Para hacer esto más llevadero, fabricó barcos con papel de periódicos, habilidad que aprendió del chico de Spender, y los colocó para que navegaran río abajo, semejando los barcos grandes sombreros de papel. Cuando los barcos desaparecían por debajo del puente que marcaba los límites de la hacienda señorial de Eyebright, daba fuertes gritos, bien atravesando, bien rodeando á todo correr el nuevo campo de Tormat. ¡Dioses del Olimpo! ¡qué manera de correr los cerdos! ¡y cómo se convertían sus grasas en simples músculos! Caddles alcanzaba á sus barcos en el vado del río que, cruzando por los prados iba á pasar precisamente por la casa señorial y á la vista de lady Wondershoot. ¡Valiente cosa!

Pero sucedió que, haciéndose más y más empujador á causa de la impunidad, discurrió unas

obras hidráulicas de ingeniería infantil. Hizo un gran puerto donde pudieran guarecerse sus escuadras, cavando el suelo con una puerta de jardín desechada, de la que se servía como de una pala, y como no le observara nadie en aquel momento, concibió la idea de un canal que, por incidencia, inundó la nevería de lady Wondershoot, y cerró el río por medio de un dique con algunas puertas de tierra. Como es de suponer, el agua hizo de las suyas, pues inundó las plantaciones y arrastró á miss Spinks y su caballete... es decir, se llevó únicamente el caballete, porque la señõrita huyó hecha una lástima hacia la casa con agua á la rodilla. Las aguas penetraron en el huerto, y sin detenerse en la verde puerta que separaba á éste del jardín, recorrieron la alameda y volvieron á entrar en su cauce junto al estanque de Short.

El vicario que hablaba con el herrero, interrumpió la conversación y se quedó como pasmado al ver los saltos de angustia que daban los peces, saliéndose de unas charcas, residuos de las pozas del río, y más pasmado aún al notar en el lecho de éste, montones de hierbajos, sobre los que minutos antes había ocho pies de agua cristalina y fresca.

El joven Caddles huyó después de la catástrofe, horrorizado de su propia obra, y no pareció por el pueblo en dos días y dos noches. Regresó acosado por el hambre y sufrió con estoica re-

signación violentísimas reprensiones que, de todo cuanto le había ocurrido hasta entonces en aquel pueblo feliz, fué lo único que guardó relación con su grandeza.